

NICOLAS ARTAUD
“LITERATURA”
ANTECEDENTES PARA LA DEFINICIÓN LASTARRIANA DE
LITERATURA

Presentación y traducción
Carlos Contreras Guala
Universidad de Chile
Universidad de Valparaíso

La institución de una literatura nacional para sostener y solventar la independencia cultural –entendida como necesaria y complementaria de la independencia política– fue una aspiración compartida por la casi totalidad de la élite intelectual chilena de mediados del siglo XIX. Con este propósito se creó en 1842, en la ciudad de Santiago, la Sociedad Literaria. Los hechos son conocidos y también es conocido el discurso inaugural leído por su recién elegido presidente, el joven de 25 años, José Victorino Lastarria. A pesar de reconocerse que este discurso constituye una de las primeras reflexiones sobre la literatura realizadas en Chile, también suele sostenerse que este escrito carece de originalidad y que está influido fuertemente por autores como Víctor Hugo, Larra o Villemain. Sobre el tópico de la originalidad y la influencia se puede discutir muchísimo y desde luego siempre resultará muy fructífero. En pos de dicha discusión, a continuación ofrecemos el artículo de “Literatura” de Nicolas Artaud que, entre otros elementos, sirvió de base para la definición de literatura que adopta Lastarria en su Discurso inaugural de 1842.

Se trata de un autor al que no se le ha brindado mayor atención y que en algunos textos de Lastarria aparece citado solo por su apellido. Su nombre completo era Nicolas Louis Marie Artaud¹. Nació en París el 6 de diciembre de 1794 y murió en la misma ciudad el 9 de noviembre de 1861 (Ledos).

¹ No obstante el descuido respecto a Artaud, algunos comentaristas han querido, erradamente, identificar su nombre con el del diplomático e historiador francés Alexis-François

Este antiguo alumno de la Escuela Normal fue profesor en Douai y Lille (1815-1817). Luego, en el Liceo Louis-le-Grand, hasta que en 1824 fue suspendido por escribir y colaborar en folletines liberales, particularmente en *Le courrier français*. Durante el periodo de suspensión viajó a Suiza y preparó sus ediciones de autores clásicos. También dictó un curso en el Ateneo de París.

Vuelve al servicio activo en el año 1830 y es nombrado inspector de la Academia de París y luego, en 1835, inspector general². En 1832 obtiene un permiso por dos años para visitar las principales universidades de Alemania (Havelange 138).

En 1848 fue jubilado prematuramente, pero se reconsideró esta medida y en 1849 se le encomendó la tarea de organizar la instrucción pública en Argelia. Posteriormente fue nombrado inspector general de bibliotecas (1852), inspector de la enseñanza primaria (1854). Cumpliendo estas funciones redactó más de cuarenta informes sobre la enseñanza superior (Huguet 10). Más tarde, en 1858, llegaría a ser vice-rector de la Academia de París.

Colaboró en varias publicaciones periódicas francesas, entre ellas en la *Revue encyclopédique*, en el *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, en la *Encyclopédie des gens du monde* y en el *Dictionnaire des sciences philosophiques*³. Escribió, entre otros textos, un *Essai littéraire sur le génie poétique au XIXème siècle* y *Fragments pour servir à l'histoire de la comédie antique*. Épicharme, Ménandre, Plaute (publicado póstumamente en 1863). Además fue editor de las obras de Claudio Claudiano (1824). También tradujo al francés los *Cantos populares de las fronteras meridionales de Escocia* recopilados y comentados por Walter Scott (1826), las tragedias de Sófocles (1827), las memorias de Julio César (1828), las comedias de Aristófanes (1830) y las tragedias de Eurípides (1842).

Lastarria menciona a Artaud por lo menos en dos lugares, en dos textos de la primera mitad de la década del cuarenta: en el discurso de incorporación a la Sociedad literaria de 1842 y en la memoria histórica de 1844. En ambos textos, Lastarria informa solo el apellido de Artaud. No se indica ni el nombre, ni el texto citado. Presentamos a continuación el artículo “Littérature” del *Dictionnaire de la conversation et de la lecture* (Artaud 1837, 300-306) utilizado por Lastarria. La traducción al español corre bajo mi responsabilidad. Entre paréntesis de corchete se indica la paginación del texto original.

Artaud de Montor (1772-1849). Quien ha dado el dato preciso ha sido Norberto Pinilla (118-20). Agradezco la referencia bibliográfica de Pinilla al profesor Álvaro García San Martín.

² Los inspectores de estudios eran “como el ojo del gobierno, siempre abierto en las escuelas, a propósito de su estado, de su éxito, sus fallas [...] Estos altos funcionarios recorrían en grupos de a dos, entre mayo y agosto, las veintisiete Academias” (Gerbod 42).

³ Gran parte de sus trabajos fueron compilados póstumamente por su hijo en un volumen titulado *Études sur la littérature depuis Homère jusqu'à l'école romantique*.

BIBLIOGRAFÍA

- Artaud, Nicolas Louis Marie, "Littérature". *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*. T. 35. París: Belin-Mandar, Librairie, 1837. 300-306.
- . *Études sur la littérature depuis Homère jusqu'à l'école romantique*. París: Henri Plon, Imprimeur-Éditeur, 1863.
- Gerbod, Paul. *La condition universitaire en France au XIXème siècle*. Tesis de Doctorat *ès Lettres*. París: Université de Paris, 1965.
- Havelange, Isabelle et al. *Les inspecteurs généraux de l'instruction publique. Dictionnaire biographique 1802-1914*. París: Institut National de Recherche Pédagogique, Editions CNRS, 1986.
- Huguet, Françoise. *Les inspecteurs généraux de l'instruction publique. 1802-1914. Profil d'un groupe social*. París: Institut National de Recherche Pédagogique, 1988.
- Ledos, E.-G. "Nicolas Artaud". *Dictionnaire de Biographie Française*. J. Balteau, M. Barroux y M. Prevost, editores. París: Librairie Letouzey et Ané, 1939. 1140-1141.
- Pinilla, Norberto. *La generación chilena de 1842*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1943.
-

LITERATURA

NICOLAS ARTAUD

Nos hacemos una idea falsa y estrecha de la literatura cuando la consideramos aisladamente y sin tener en cuenta sus relaciones necesarias con los otros elementos de la vida social. Fue un prejuicio largo tiempo acreditado ver en los trabajos literarios solo un esparcimiento inocente de los espíritus ociosos, que no se relaciona con ninguno de los intereses serios que ocupan la existencia del hombre. Seguramente si consideramos [301] la literatura afectada de ciertas épocas, girando enteramente en torno a pequeños versos hechos para los tocadores, o en torno a la pompa de los lugares comunes académicos, se entenderá que los espíritus graves no hayan visto en ello nada más que un accesorio en la sociedad. Pero más allá de esta literatura ociosa de los tocadores, existe lo que podemos llamar una literatura activa, mezclada con todos los acontecimientos de la vida humana, con todos los intereses y con todas las pasiones de la sociedad. Muy diferente de las elaboraciones solitarias de gabinete, ella descende a la plaza pública y toma parte en todos los debates que la agitan. Hay que sorprenderla en el seno mismo de la realidad, sobre todo en el combate de los grandes intereses que animan el mundo político. Así los discursos pronunciados en las tribunas o en las facciones, las enseñanzas de los ministros de la religión, las especulaciones de la filosofía, como los cantos del poeta, los panfletos, las leyes, los tratados, los documentos públicos sobre los actos del gobierno, los relatos de la historia, las memorias que retratan la vida privada e incluso los desahogos de una correspondencia familiar, tales serán los inmensos materiales de la literatura.

En este sentido, la literatura es la voz de un pueblo, es el órgano a través del cual manifiesta todas las necesidades de su existencia moral e intelectual; es el depósito de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones que han agitado a los hombres. Vínculo común de los espíritus, intérprete de las opiniones, de los gustos, de los prejuicios de cada generación, ella lega el depósito de esto a las épocas siguientes; es como un espejo fiel que refleja la imagen de los siglos que nos han precedido. De este modo, esta proposición tan general y tan vaga, *que la literatura es la expresión de la sociedad*, toma un sentido claro y preciso; en otros términos, la literatura y las artes de un pueblo son la expresión de su vida moral e intelectual, es decir, de todas las necesidades más destacadas de nuestra naturaleza: necesidades de la imaginación, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana a través de la filosofía, y en el mundo exterior a través de las ciencias físicas; necesidades de nuestro ser moral, que tiende a practicar el bien, a simbolizar el infinito en la religión, y a hacer pasar la idea de la justicia a las instituciones políticas y a las relaciones de los hombres entre sí.

En efecto, hay en nuestra naturaleza una necesidad de emociones y de simpatía que nada podría satisfacer. El presente no nos basta, lo real no puede satisfacernos. El alma humana se siente estrecha allí; quiere abalanzarse a un campo más vasto y más variado. Tiene el presentimiento de un mundo infinito donde sus facultades más nobles se juegan y se despliegan con toda libertad. Este excedente de actividad que nos resta, luego de que las necesidades de nuestro cuerpo están satisfechas, no ha sido puesto en nosotros sin intención por el Creador: he ahí el principio de perfectibilidad de nuestra especie. Es necesario un uso de esta sobreabundancia de vida; es necesario un alimento para esta necesidad de emociones que nos trabaja. Esta savia interior se abrirá paso a través de variados canales. El hombre no vive un cuarto de hora sin salir de sí mismo. Unas veces es el espectáculo de la naturaleza el que absorbe el alma y los sentidos en un goce contemplativo: el napolitano, tendido a la sombra, mecido por las deliciosas ensoñaciones que inspira la laxa influencia de su clima, no experimenta ya otras necesidades ante el espectáculo encantador de su bello cielo. Otras veces una curiosidad instintiva da la alarma al pensamiento y estimula en nosotros la necesidad de conocer, de donde nace el desarrollo de nuestra inteligencia. O bien, alguna pasión enérgica arrastra a los hombres, la esperanza de un fin por alcanzar anima su entusiasmo y los arroja a las grandes empresas. Tal fue en la Edad Media el espíritu religioso y guerrero que suscitó las cruzadas y precipitó a Europa contra Asia, o el gusto de las aventuras, que hizo el triunfo de la caballería. Tal fue el espíritu de independencia que mantuvo a los cantones suizos en su lucha contra la casa de Austria. Así, en el siglo XV, la pasión de los descubrimientos y de las expediciones lejanas [302] hizo la gloria y el poder de la nación portuguesa. Tal fue también en el siglo anterior el ardor de demolición que sublevó a la sociedad francesa contra los abusos del viejo régimen y, más tarde, bajo el imperio, la pasión de las conquistas y de la gloria militar; o, en fin, el amor de la libertad y la defensa de los derechos políticos en los pueblos constitucionales.

A falta de una acción directa, el cuadro del pasado ofrece al hombre una vasta cantera donde se transporta y se mueve en espíritu. Es lo que constituye el principal encanto de las tradiciones nacionales: la historia nos place precisamente porque ella nos muestra el campo de la vida humana en una escala más grande; ella sustituye esa necesidad de actuar rechazada en nuestras almas, al volver a trazar las épocas notables que han puesto en juego las pasiones ardientes y los grandes caracteres que han jugado un rol en los acontecimientos públicos.

Por último, la imaginación, como un hada benefactora, viene en ayuda de los pobres humanos, abriéndoles un mundo ideal, mejor que el mundo real, donde encuentran a su disposición seres más perfectos y una serie de aventuras que rompen la monotonía de su vida inactiva. De ahí el placer que nos dan las novelas y las representaciones dramáticas. Aquel que ha dicho que el principio de las bellas artes es el aburrimiento ha entrevisto una verdad profunda: pero si, en lugar de contentarse con hacer un epigrama, hubiese profundizado mucho más, habría develado el secreto de

las bellas artes que, en efecto, se vincula con los misterios íntimos de la naturaleza humana. Este aburrimiento, ¿de dónde viene sino de que, acá, nada basta para el hombre? De ahí esa necesidad inextinguible de lo mejor, de un orden de cosas más perfecto, en una palabra, del *ideal*. Esta necesidad de escapar al mundo real es lo que hace para nosotros la atracción del teatro. El teatro es la representación agrandada de las oportunidades de la vida humana: es un suplemento a esta existencia monótona a la que el estado social nos condena. Todas las pasiones fuertes que la sociedad prohíbe o comprime, los sentimientos generosos de los que ella hace excepciones, se refugian en ese mundo imaginario del que dispone el poeta con una autoridad soberana. El rico, aburrido por los goces demasiado fáciles, y el burgués, fatigado con sus jornadas laboriosas, van a pedir al teatro los sentimientos más elevados que puede concebir la naturaleza humana, el heroísmo, la abnegación, la ternura, el puro amor, la fuerza de alma. Por consiguiente, son muy culpables los autores que, en lugar de beneficiarse de estas disposiciones con un fin moral, no hacen sino mancillar las almas a través del desenfreno de sus pinturas corruptoras.

El encanto que tienen para nosotros las buenas novelas se basan también en que nos presentan una imagen embellecida de la vida, en que nos transportan a un mundo donde las facultades del hombre actúan con más libertad, donde los seres despliegan más vigor tanto por el bien como por el mal, y donde los acontecimientos, saliendo de la esfera estrecha de nuestros hábitos, abren un camino más amplio a la actividad humana. Allí, todos los sueños de la imaginación se realizan, allí, encontramos los corazones hechos para el amor y para la amistad, allí, ninguna gloria parece inaccesible. Por último, los mismos golpes de la adversidad tienen algo de atractivo en tanto hacen surgir la resolución y la fuerza del carácter: el estallido de la lucha nos sostiene, y el alma, enfrentando grandes infortunios, se consuela al menos con el sentimiento delicioso de su energía.

Tales son las ventajas de la imaginación y de la poesía, hija de la imaginación. Considerada desde este punto de vista, la literatura tomará más importancia. Si ella es la expresión de las necesidades morales de un pueblo, llega a ser imposible apreciarla sin conocer en primer lugar hasta qué punto la vida moral ha sido desarrollada en ese pueblo. La literatura, siendo el producto variable y cambiante de cada sociedad, está sometida a la misma suerte que las naciones; no escapa tampoco, como los otros elementos de la vida social, a las revoluciones del espíritu humano: ella está obligada a seguirlo en su marcha, a transportarse bajo el horizonte donde él se transporta, [303] a reflejar las ideas y las pasiones que agitan a los hombres, y tomar parte en los intereses que los preocupan. Entonces será imposible apreciar los productos de la literatura y de las artes sin confrontarlas con la sociedad de la que han emanado y de la que deben reproducir su imagen. Estudiar la literatura de un pueblo será compararla con la existencia de ese pueblo en todas sus manifestaciones, es decir, su filosofía, su religión, sus costumbres, sus instituciones, su historia. La verdadera crítica consistirá

entonces en distinguir en la carta literaria los artículos fundamentales y los artículos reglamentarios, los unos invariables como la naturaleza humana, los otros móviles como las costumbres y la sociedad: ella deberá apreciar las obras del arte en esta doble medida, el tipo eterno y vivo del corazón humano, y la condición cambiante del hombre en los diferentes siglos.

Vemos ahora cómo la literatura entra también, por su parte, en el gran trabajo de nuestra época ocupada en resucitar el pasado, en comprenderlo y en construir la filosofía de la historia. Lo que nos interesa hoy en la historia es conocer la vida real del hombre, el destino de nuestra especie en las diversas épocas del mundo y, sobre todo, su condición moral: al aproximar así el carácter propio de cada sociedad, la fisonomía particular de cada pueblo, la historia se transforma en una serie de experiencias que el género humano hace sobre sí mismo, y de la cual la filosofía ya no hará sino extraer sus conclusiones. El gran servicio que puede darnos la historia literaria es, entonces, revelarnos los diversos estados por los que ha pasado el alma y la imaginación del hombre, transformaciones de las que la literatura y sobre todo la poesía, han guardado sucesivamente su impronta.

Esta nueva dirección de los estudios literarios debe inevitablemente dar un nuevo carácter y una dirección nueva a la crítica. Si el horizonte del poeta se ha desplazado, el punto de vista de la crítica ha debido cambiar también. Si buscamos cuál era el carácter de la crítica en el siglo XVIII, encontraremos, leyendo a Marmontel y Laharpe, que una sola idea la domina, que una sola medida preside sus juicios, es el *gusto*, es decir, la conformidad de las obras del arte con ciertos decoros reconocidos, con ciertos usos sancionados por el tiempo, la observancia de convenciones más o menos arbitrarias, pero admitidas por las dos clases que componen al público de élite al que los autores se dirigen entonces, los doctos y las personas decentes, la academia y la corte. Durante toda esta época, el gusto es el pivote de todas las teorías literarias: Voltaire, Montesquieu, d'Alembert y todos los críticos de ese tiempo se unen para determinar las reglas del gusto. Reconocemos en ello la influencia dominante del espíritu de la sociedad que, entonces, imponía su yugo a los escritores como a los otros artistas. Sin duda el gusto, en su sentido más general, es el sentimiento de lo bello, el discernimiento vivo y rápido de las bellezas como de los defectos en las obras del espíritu y en la producción de las artes: pero ese tacto delicado, tal como lo cultivaban los salones de entonces, era, por encima de todo, esclavo de las conveniencias; consistía en discernir lo que era recibido o lo que chocaba con los prejuicios del bello mundo. El gusto así disciplinado es enemigo de todo lo que es enérgico, borra todo lo que es sobresaliente, en virtud de la ley de las conveniencias; hace pesar sobre todos un nivel que mantiene los grandes espíritus en ciertas regiones intermedias, sin permitirles ni elevarse, ni descender a las regiones inferiores, donde son sepultados a veces los tesoros de buen sentido, de sentimientos generosos y de bellezas ingenuas.

Hoy que los autores se dirigen a un público más amplio y más independiente, la crítica, que ha llegado a ser más libre, debe tomar otra bandera; su divisa es la *verdad*; la regla de sus juicios, la naturaleza humana. En lugar de detenerse en la forma exterior, se inquietará mucho más en el fondo. En lugar de juzgar las obras del poeta y del artista, únicamente según su [304] conformidad con ciertas reglas escritas, expresión generalizada de las obras antiguas, se esforzará por penetrar en el espíritu íntimo de las producciones literarias y por ir hasta la idea que ellas representan. La verdadera crítica confrontará continuamente la literatura y la historia, comentará una a través de la otra, y controlará las producciones de las artes por el estado de la sociedad. Juzgará las obras del poeta y del artista comparándolas con el modelo de la vida real, con las pasiones humanas y las formas cambiantes con que el estado diverso de la sociedad puede revestirlas. Deberá tener en cuenta en este examen el clima y el aspecto de los lugares, la influencia de los gobiernos, la singularidad de las costumbres y todo lo que puede dar a cada pueblo una fisionomía original. Es así que la crítica se hace contemporánea y compatriota de los escritores que ella intenta juzgar; ella deviene cada vez griega, romana, inglesa, alemana, española; adopta momentáneamente las ideas, los usos, los prejuicios de cada país, para entrar mejor en su espíritu, no que abdique de sus luces propias y se someta sin reserva a las civilizaciones diversas que interroga; sino, en medio de esas metamorfosis sucesivas, ella permanece siempre independiente y conserva el derecho de juzgar lo que ha comenzado a comprender.

Además, cada nación transporta en la crítica, es decir, en su manera de juzgar las obras del espíritu y la producción de las artes, su punto de vista particular: los ingleses buscan siempre el lado político y práctico; los alemanes, el punto de vista divino o la relación de las cosas con el infinito; los franceses, el punto de vista social.

A los ojos de la crítica nueva, tal como acabamos de definirla, una literatura tendrá tanto más vida y originalidad en cuanto ella conserve una impronta más fiel del carácter nacional. Y el carácter nacional lo reproducirá tanto mejor en cuanto sea más popular. No hace falta que ella concentre su público en algunas clases privilegiadas y que se dirija exclusivamente a las personas decentes: pues entonces, aprisionada en un círculo demasiado estrecho, termina por acomodarse a un gusto mezquino a fuerza de refinamiento. Ella debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud que, en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sino de sus efectos. Podemos decir, en efecto, que es así tanto en la literatura como en el gobierno: uno y otro deben tener sus raíces en el seno mismo de la sociedad a fin de poder extraer continuamente la savia y la vida. Es necesario que la libre circulación de las ideas ponga en contacto al público y a los escritores, como es necesario que una comunicación activa vincule los poderes con todas las clases sociales. Es así como las necesidades, las opiniones, los sentimientos del mayor número podrán a cada instante aparecer, manifestarse y repercutir sobre aquellos que tienen la alta misión de ilustrar a los espíritus o de dirigir los intereses

generales. ¡Desdichadas las literaturas como los gobiernos que se emplazan fuera de la nación o al menos que solo se dirigen a clases privilegiadas y solo responden a una pequeña minoría! Interiormente animado por un principio de vida que nunca se detiene, el género humano no prosigue menos su marcha; los gobiernos y las academias permanecen a la zaga. Muy pronto llega un momento en que la disposición de los espíritus y las opiniones generalmente adoptadas ya no concuerdan con las instituciones y los hábitos. Entonces es necesario renovar todo: es la época de las revoluciones o de las reformas.

La poesía debe entonces dirigirse a todo un pueblo y representarlo entero, como el gobierno debe ser el resumen de todas las fuerzas sociales, la expresión de todas las necesidades, el representante de todas las superioridades. Es con estas condiciones que una literatura es verdaderamente nacional.

Si buscáramos en la historia la sociedad que se acerca más a este tipo ideal y que ofrece el desarrollo más libre y más armónico de las facultades humanas, es en la nación [305] griega donde habría que encontrarla. En Grecia, donde nada molestaba el libre desarrollo de la actividad, la poesía, como las artes, como la filosofía, siguió un curso simple, una marcha natural. Todas las ramas de la civilización florecieron allí a la vez: las artes de la guerra y de la política se perfeccionaron allí al mismo tiempo que las letras, la estatuaría, la pintura, la arquitectura. Esquilo, después de haber combatido en Maratón, se llevaba el premio de la tragedia. Así encontramos cierta similitud, y como un aire de familia, entre sus poetas, sus oradores, sus filósofos, sus artistas: Platón, Fidias, Sófocles, Demóstenes, a través de las diferencias de su genio y la diversidad de los objetos a los que ese genio se aplicaba, tienen entre ellos una fisonomía común, la impronta del carácter nacional. Tal sociedad podría ser mirada como el modelo de una civilización perfecta, si no tuviéramos que reprocharle la esclavitud doméstica, vicio radical al que, por lo demás, el mundo antiguo ha debido su ruina.

Esta admirable nación griega y, en particular, el pueblo ateniense, dotado de órganos delicados y de un gusto exquisito, donde los últimos artesanos se mostraban sensibles a las bellezas de la poesía y de la escultura, donde una vendedora de hierbas reconocía a Teofrasto como extranjero debido a la pureza demasiado rebuscada de su lenguaje ático, ese pueblo veía también esos felices dones del cielo favorecidos por los debates y la actividad de la vida pública, por una religión que animaba toda la naturaleza y cuyas ceremonias eran fiestas populares, por las solemnidades de los juegos olímpicos donde veinte repúblicas rivales hacían tregua a sus querellas para celebrar en común los triunfos de las artes y del genio.

En ese entonces, la poesía formaba parte esencial de sus costumbres y casi de su lenguaje: ella expresaba sentimientos compartidos por todos; representaba los lugares tal como se los podía ver, los hechos tal como eran transmitidos a la creencia general; tenía una fe real en los dioses que adoraba el culto público. En una palabra, ella era totalmente viva y no un lenguaje de convención.

Esta mitología pagana, que para nosotros solo es una tradición muerta y de la que nuestra poesía ha robado fragmentos para ataviarse como con un traje de ceremonias, no era para ellos una combinación de vanos nombres y de ficciones sin realidad. Cuando Esquilo ponía en escena a las Furias persiguiendo a Orestes parricida, cuando Sófocles representaba a Edipo buscando un asilo en los bosques consagrados a las Euménides, esos poetas mostraban personajes y objetos que respondían a todas las creencias, a todos los hábitos y que, incesantemente presentes ante sus ojos o ante su pensamiento, formaban parte de su existencia. Incluso invocaban esos recuerdos, esas tradiciones de su mitología, en sus transacciones políticas. Respondiendo a una famosa acusación que le habían entablado enemigos encarnizados, Demóstenes comenzaba y finalizaba su defensa con una invocación a todos los dioses y a todas las diosas del Olimpo. En otro lugar, proponiendo al pueblo un decreto para comprometerlo a buscar la alianza de los tebanos, él recuerda los antiguos servicios prestados por los atenienses a los descendientes de Hércules, que condujeron al Peloponeso; cita también la acogida y el asilo que Atenas ofreció a Edipo y a los que compartieron su mala fortuna.

Encontramos allí todos los caracteres de una literatura nativa, original, que extrae sus inspiraciones del seno mismo de la sociedad que le daba vida.

En nosotros, modernos, la civilización no ha sido una obra tan simple. El estado social, en la edad media, ofrecía la imagen del caos: herederos de los siglos anteriores y de los pueblos que nos han precedido, hemos padecido el yugo de las costumbres que nos impusieron. Sabemos cuán lenta y difícil fue la fusión entre elementos tan contrarios, cuánto tiempo y esfuerzos fueron necesarios para desenredar ese desorden. De allí, muchos anacronismos, mucha asociación contradictoria en las diversas partes del sistema social. Esas disparidades se colaron en [306] nuestra religión, en nuestras costumbres, nuestras artes, nuestro gobierno, y se les incorporaron. Nuestra literatura guardó durante largo tiempo su impronta original. Una insurrección se ha declarado en nuestros días en la república de las letras contra los principios que habían ejercido por tan largo tiempo una autoridad soberana. Aplaudiendo totalmente los esfuerzos intentados para quebrar las trabas inútiles y dar al genio más independencia, está permitido no aprobar sin reserva las temeridades y la desvergüenza de aquellos que se han dado por innovadores. Pero el marco en el que este artículo debe estar restringido nos prohíbe aquí los desarrollos. Por otra parte, la historia de esta especie de revolución literaria amerita ser hecha aparte. Se la encontrará en la palabra *Romanticismo*⁴.

⁴ El artículo sobre Romanticismo se titula *Romantique*. No lo redacta Artaud, sino Emmanuel-Louis-Nicolas Viollet-le-Duc (1781-1857) y aparece en 1838, en el tomo 47, 300-03.